sión, traicionaría también su tratado supradicho, confundiéndose, *primero*, con los patriotas; para elevarse, luego, á la presidencia.

Con efecto, dos años después, mediante la pérdida de una pierna (suceso próspero que aumentó su popularidad), reconquista en Veracruz la palma de los héroes, y la confianza suprema de la Nación.

Siendo Presidente D. Anastacio Bustamante, ocupó él la Vicepresidencia de la República.—La "Guerra de los Pasteles," fué el principio de una nueva época, aún más brillante que la anterior, para D. Antonio López de Santa Anna.



CAPITULO IV.

La "Guerra de los Pasteles."—Revoluciones y Caudillaje.—Yucatan Imita a Tejas.—Guerra Civil y Desmembramiento.—Pronunciamientos Contra el Dictador.—Los Estados Unidos y Tejas.—Los Hombres de la Epoca.—El Catolicismo Militante.—Liberales y Conservadores.—Recursos de los Revolucionarios.—Declaracion de Guerra.

La "GUERRA DE LOS PASTELES," había terminado (1838) por medio de una contemporización vergonzosa; pero aún continuaba encendida la guerra civil en diversas partes del territorio mejicano, y la "recuperación de Tejas" amenazaba ser un tópico socorrido para los fabricantes de proclamas incendiarias y de revoluciones. Por desgracia, lo noble del intento se antojaba hasta ridículo, ante la debilidad, la torpeza del esfuerzo. Quizás, penetrando más hondo, á esa debilidad, á esa torpeza, debiéramos llamarla maldad, porque á los intereses positivos de la nación, se anteponían los de partido y los odios personales.

Si fuera posible al psicólogo, fotografiar las conciencias de cuantos en momentos históricos como el que nos ocupa, contribuyen de un modo directo á formar, menos que historia, cronicones nefastos de disturbios políticos, icuánta miseria y lodo moral saldría á la superficie! Un país entregado al caudillaje, es sólo semejante á un hombre ebrio, que se excita, decae, enmudece, gesticula, se enciende en ira, prorrumpe en vociferaciones obscenas; pero que en medio de esas sensaciones é impresiones tumultuarias, siente que la tierra le falta; sus ideas giran en torbellino; y á cualquier esfuerzo se mueve, y el menor impulso le derrumba. Y de nuevo se yergue, y de nuevo cae, vacilando siempre, hasta el momento en que, ó recobra la razón y de nuevo se aclaran sus horizontes, ó de tumbo en

tumbo se abisma y perece. Los hombres de valor, en primer lugar; en segundo, los fanáticos que persiguen ideales ó rinden culto á principios determinados, y, por último, los sedientos de lucro ó mando, han conseguido embriagar al pueblo con repetidas libaciones de sangre. El estampido del cañón, la descarga de la fusilería, el alarido del clarín y el verbo candente de la literatura revolucionaria, han dispuesto convenientemente los ánimos. Las masas están hipnotizadas,—y, alli hay soldados.....En la escuela, en el taller, en la oficina pública y hasta en el almacén del negociante, hay tambien ya hombres hipnotizados. Saben leer, y han leído; por consiguiente, sirven para conducir reclutas al degüello. Sus lecturas han sido de prisa, mal digeridas, inadecuadas, no les proporcionaron una enseñanza política seria; y por lo mismo son materia dispuesta para servir en cualquier bando. Frente á ellos alumbra la esperanza. Por todas las grietas del edificio en ruinas, brilla una esperanza que se amolda á todas las ambiciones. Los caudillos no tienen entonces más que "pronunciarse" por cualquier cosa, para conseguir reclutas. A más que, en ocasiones semejantes, el contingente de sangre, -así como el financiero, -se toma de donde le hay; por el ministerio de la fuerza, si hace falta. Y ya en condiciones tales, ¿qué es lo que con mayor frecuencia motiva asonadas y pronunciamientos? ¿Los principios acaso?-Pocas veces; ó, mejor dicho: si cierto es que siempre andan de por medio, nó son ellos los que más caldean las pasiones. Los principios pertenecen al orden intelectual, y el cerebro razona, pero no pelea; se inte-

resa, pero sin encono; y sus lucubraciones, aún las más serias y profundas, pocas veces conducen al hombre á la riña. "Intellectual differences do not cause wounds, except when unintellectual sentiments are behind them." (Las cuestiones intelectuales no causan heridas, á menos que tras ellas se parapeten sentimientos nada intelectuales), dijo George Meredith.—Pero, el "alter ego" que vive en nosotros, es "La Loca de la Casa,"-como Xavier de Maistre llamaba á la actividad irreflexiva de nuestro sér moral;-y en ésta, se incuban las mariposas negras, las aves incendiarias que al menor roce ó ruido se excitan y revolotean. Alguien ha dicho: hasta una indigestión produce un enemigo; la verdad es, que los beneficios mismos los producen. Luis XIV decía, si quieres crearte ingratos, haz beneficios.-D. Mariano Arista, acompaña al presidente Santa Anna, y en el camino le malea el ejército, le traiciona y le prende.......¿Por qué?—Una palabra sola, una frase descompuesta, un rumor infundado; la predisposición que se exalta hasta la violencia, la omisión de un acto ó cortesía, una incorrección, una mueca, un brindis inoportuno, y, sobre todo, el emponzoñado aliento del cizañero, son bastante, en circunstancias como las que describimos, para que dos caudillos se odien, de una misma masa surjan dos ejércitos enemigos, y de éstos el choque sangriento con todas sus consecuencias y desastres. Los caudillos, probablemente, se reconcilian á poco andar, median explicaciones y se dan la mano; pero, ilos cadáveres insepultos, aún se pudren en los campos yermos, y aún hay lágrimas y duelo en multitud de hogares, heridos por el rayo de la guerra!

Hace falta un criterio especial, contemporizador en extremo, para juzgar las épocas revolucionarias; porque, de otra suerte, el historiador psicólogo no divisaría ante sí más que monstruos, y nó seres humanos. En épocas en que el furor revolucionario se apodera de una nación, retrograda ésta hacia la barbarie primitiva, hacia épocas anteriores en la historia de su civilización,—en cuanto mira á sus manifestaciones pasionales; y para juzgarla con acierto

es indispensable pesar y aquilatar imparcialmente, lo que forma el núcleo, la porción trascendental, fija, de lo disputado, esto es, lo que hay en el fondo: los principios. Y así llega á saberse, si aquella reacción, que semeja tormenta,

es disolución, ó significa génesis.

Apartemos por un momento la vista del Norte de la República, donde Tejas tramaba ya su ingreso á la Unión de Norte América, á pesar de que Santa Anna, al reconocer su independencia había estipulado de una manera precisa, que Tejas no debería anexionarse á ninguna otra potencia.

En la capital, Gómez Farías y Urrea se habían pronunciado contra Bustamante, y las sublevaciones aparecían

por diversos rumbos.

Entretanto, en el Sur de la República Yucatán había proclamado roto el pacto, en virtud del cual había entrado á formar parte de la confederación Mejicana. A semejanza de Tejas, alegaba abandono y expoliaciones, como razones de orden inmediato; y como trascendentales, la nulificación, por el gobierno centralista. del pacto constitutivo de 1824, y á más la injusticia de ciertas medidas fiscales exactivas, que pugnaban con lo estipulado en el tratado de 1823, al anexarse á la Confederación Mejicana.

Injusto sería, sin embargo, equiparar la conducta de los yucatecos con la de los Tejanos, al menos durante este período; pues que Yucatán incubaba en su territorio una guerra de razas desesperante, y lejos de recibir protección del Centro, conforme á lo que tenía derecho á esperar, sólo experimentaba su acción por las expoliaciones y saqueos que le proporcionaba. Además, Yucatán pretendía, aunque débilmente, su independencia, para buscar en sí mismo algún remedio á su situación apremiante; en tanto que Tejas fué, sin duda alguna, la porción de territorio mejicano que menos sufrió durante nuestras contiendas políticas, y sus actos obedecían, fundamentalmente, á la sugestión del extranjero.—Sus propósitos eran nó solamente abandonar á la patria común y traicionarla, sino también hundirla en una guerra desigual con un enemigo poderoso. Es innegable que, en años posteriores, Yucatán imitó á España, cuando á la caída de Isabel Cristina (69-71) se echó en busca de rey por las Cortes de Europa; pero aún así, los resortes de uno y otro movimiento separatista diferían radicalmente. Los pueblos, como los hombres, también se desesperan y suicidan. La guerra contra el enemigo bárbaro, la desolación y el abandono de Yucatán, habían sido espantosos. En vano había lanzado estridentemente el grito de desesperación de los macedonios modernos: "VEN Y AYUDANOS." El gobierno del Centro permanecía sordo y mudo. Además, la historia, á semejanza del derecho penal, requiere la "intención" y el "hecho" para la calificación de los delitos políticos.

Como se ve, la guerra civil y el desmembramiento era cuanto podía divisarse en el horizonte, durante aquella época calamitosa.

Santa Anna, una vez más Presidente de la República. había significado su intención al país, de invadir á Tejas, lo cual dió principio á nuestras complicaciones diplomáticas con los Estados Unidos. Defectos primordiales fueron de la deficiente estrategia de Santa Anna, su aficción inmoderada al anuncio y la torpeza y falta de acuerdo en el desarrollo de sus planes; pero á esto debe agregarse, como atenuante, que tal obrar era consecuencia de lo superficial é impetuoso de su carácter. Más de una vez prometió algo importante, (que por su importancia misma presumía reflexión madura y preparación adecuada), que momentos antes aún no había pasado por su imaginación. Invadir á Tejas--á pesar de que diplomáticamente se hallaba ya en condiciones extremadamente ventajosas-para él no significaba nada absolutamente. Una campaña como cualquiera otra, en la que se podía perder ó salir triunfante, según los hados lo dispusieran. Aut forte omnino ac fortuna vincere bello.

Santa Anna juzgó muy digno de sus antecedentes heroicos, invadir al Estado que traidoramente se había acogido á la sombra y protección del extranjero; y nada le haría cejar.....; excepción hecha de lo que cejar le hizo, es á saber, la bancarrota en que se hallaba el tesoro fe-

deral, merced á la prolongada orgía revolucionaria. Y mientras el Presidente, (sin gobierno), devoraba sus decepciones y mascullaba proyectos en su hacienda, (según costumbre), en la Capital se decretaban nuevas axacciones, y el molino fiscal trituraba la riqueza pública hasta convertir-la en polvo. Guadalajara, Puebla y Méjico, se pronunciaron sucesivamente contra el Dictador; el cual apeló á uno de sus recursos favoritos: la fuga. Reconocido, aprehendido y puesto preso en Perote, fué más tarde desterrado por la Cámara, y, pasando á los Estados Unidos, permaneció en reposo, por algunos meses en Savanah, hasta su vuelta á Méjico.(*)

Es preciso restaurar la conciencia política de aquel período de lucha desenfrenada, para hallar explicación obvia, aceptable al menos, á lo que entonces ocurría. Repasando esas páginas, el lector superficial se ve inclinado á imitar á Macauley, cuando, con intento de tachar lo incorrecto en un manuscrito sobre historia, que con tal propósito se le había enviado, empezó á revisarlo; más, desesperado de tantos desatinos, de tachar tanto, concluyó por vaciarle encima el tintero, y lo devolvió sin más explicaciones al remitente.

Se comprende que los hombres ilustrados y patriotas, sabían darse cuenta exacta de la situación. Las publicaciones inglesas, ensañadas por sus dificultades pendientes con los Estados Unidos, no cesaban de dar la voz de alarma á Méjico; si no por el amor que le tuvieran, sí por odio á la potencia del Norte. Además, los acontecimientos de Tejas hablaban bien alto. Primero, se incitó á la rebelión á los colonos; luego, á la escisión; y, por último, el Congreso y la Convención de la pseudo república, habían solicitado tropas de la potencia vecina, para que les "protegieran y defendiesen;" so pretexto de haberse "expuesto á la invasión (¡de Méjico!) en virtud de su libre (?) determinación de anexarse á los Estados Unidos." El pre-

En su mensaje de 8 de Diciembre de 1846, el Presidente Polk asevera, que "los Estados Unidos protegieron la vuelta de Santa Anna, y así comenzó una nueva guerra. (Commenced a new war).

sidente de Tejas había con anterioridad reunido el Congreso, para someter los términos de anexión bajo los cuales los Estados Unidos consentirían en "protegerles y defenderles."

Se ve, pues, que se trataba nó de males pasajeros, sino excepcionalmente serios, como que peligraba nada menos que la integridad, quizás la existencia misma de la República.—"Natural parecía, (dice un historiador antiguo, con ocasión semejante), que atenienses y lacedemonios se hubiesen unido entonces en un sentimiento de terror y heroismo. Poco importaba el mal armamento de los focios pedestres y de los infantes locrios, así como lo insignificante de la armada de trirremes mandada por Callippo, hijo de Merocles; preocupábanse tan sólo por las hordas bárbaras que ya golpeaban las aguas del Erídano....." Pero nosotros no podemos producirnos como el cronista de la antigüedad helénica, porque á nuestros padres les hicieron falta, como antes dijimos,jlos dioses de Grecia v Roma! Sí, aquellos templos les faltaron, entre los que culminaba el de la Victoria, ante el cual ardía constante la llama pura del "honor romano," que llenó el mundo con el renombre de los descendientes de Quirino...... per quorum templa non procul deorum summus. Nuestros antepasados adoraban á un dios que no enseñó á amar á la patria, porque sus teorías divinas, diluíanse en un océano de amor ultra-terrestre; á un dios, que traía descendencia del Antiguo Testamento—del pueblo seleccionado por el Dios del Universo—v al cual pueblo, la historia nos muestra enfangado en toda clase de crímenes: "raza de víboras," "sepulcros blanqueados" y acreedor á las descarnadas, crueles recriminaciones de Ezequiel,—que en lo presente causarían rubor á los viciosos más desenfrenados. (*)

Nó; no era, á buen seguro, la religión cristiana, la que salvaría á Méjico de la total ruina en aquellos momentos de desquiciamiento político. La "religión cristiana," adue-

Un historiador, no ha mucho, fué condenado á presidio en la religiosa Inglaterre, por haber publicado trozos escogidos de la Biblia, notables por su inmoralidad insufrible. Los católicos tienen razón en no poner la Biblia en manos del pueblo.

ñada, más ó menos profundamente, de todas las conciencias, como en otra parte indicamos, traía en desacuerdo á los hombres, por cuanto una porción de ellos trataba de acomodar las enseñanzas de Cristo, á las divagaciones de Juan Jacobo; en tanto que la otra consideraba á los primeros como una zahurda de réprobos, manchados con "todas las heces del mundo," y "más propios para provocar á vómito y á obligar al desvío", (según las crudas frases de un escritor místico), que para alternar con ellos-si no era á la hora de darles tormento ó de arrastrarles al patíbulo. La guerra entre ambos partidos era tanto más cruel, cuanto que el más débil tenía cogido al más poderoso por la religión; más que si digeramos: "por las entrañas." Los liberales, salvo raras excepciones, confesaban y comulgaban, y á la hora de morir, solían acogerse contritos y edificantes, al seno de la Iglesia Católica. ¡Durante esas horas de descomposición y reblandecimiento cerebral, tan temidas por el autor de "Memorias de la Juventud," al estampar en páginas admirables su testamento de filósofo!

Por desgracia, el catolicismo no era para los mejicanos una "religión," sino una "desunión"; no "ligaba" sino "desunía"; y bien sabido es que cuando el cisma, en un momento histórico, divide los pueblos, todas las demás manifestaciones de la vida psico-social se opacan ó adulteran. Las religiones medran por la traición; antes que hacer prosélitos hacen traidores: los mártires de las catacumbas, fueron malos ciudadanos romanos, en su mayoría. Un efecto semejante producen los innovadores políticos; pero con una diferencia radical: éstos "se quedan en tierra," mientras que el primer efecto de las religiones, es desprendernos del terruño, y señalarnos la "Ciudad de Dios," (de la que se nos dice ser siervos irredimibles), tras las fantasmagorías divinas de Horus y Seth, de Ormuz y Arimán, del Cielo y el Infierno.

Liberales y conservadores nó eran meros "oponentes" en política; sino "substancias" tan irreconciliables, como el fuego y el agua. Y, en cosmogonía terrible, un período

diluvial de sangre, sería preciso que precediera á la "tolerancia de la cercanía" de ambos elementos. Y si en lo contingente chocaban, en lo absoluto sus destinos se quebraban, marcando rumbos opuestos. Más allá de la tumba, conforme al criterio conservador, no tendrían oportunidad, á buen seguro, de saludar, ni siquiera de paso, á uno sólo de los empedernidos liberales que odiaron en vida. Se comprende, pues, que ese odio llegaba á los hogares, dividía las familias: la una estigmatizando á la otra, ésta despreciando á aquella. Las escuelas estaban divididas: las oficiales, eran de los "réprobos"; las mantenidas por el clero, ó por clericales, eran patrimonio de los "fanáticos." La prensa no discutía, apostrofaba.

Las notas vibrantes eran "odio" y "desprecio," mezclados, ya en aquella época, de escepticismo profundo: empezábase á poner en duda la viabilidad de la República. Gutiérrez Estrada no era el único que creía en la necesidad de imponerse un yugo, aún más ponderoso que el de la Dictadura.

Las teorías liberales, á principios de 1846, parecían reaccionar irresistibles, amenazaba derrumbarse el edificio conservador, que con tal cual fortuna se había sostenido diez años; pero, no había razón para creer que á aquella hora, el cambio fuera benéfico para el país. No había hombres nuevos para encabezar y encauzar debidamente la reacción. Los vasos se cambiarían, pero nó la naturaleza del líquido. Porque los corifeos de uno y otro bando militante no marcharían el uno hacia el otro-sino para derribarse, y pasar el vencedor sobre el cadáver del vencido. Sólo un caudillo entonces, poseía el don de saltar de una á otra corriente contraria, sin hundirse, y nó como quiera, sino para enfrentarse sobre ella, y hostilmente, á la que acababa de abandonar. Ese gran saltinbanqui, si nó el alma de su tiempo, era, al menos, la encarnación de la porción podrida del mismo. Y el que Santa Anna no pudiera mantenerse adicto largo tiempo á un partido, no era señal de que sabía contemporizar sabiamente con uno y otro, sino de que en ambos era extranjero: ambos le rechazaban. Nunca partidarios políticos, en las clases intelectuales, mostraron mayor apego á los principios, que durante el lapso á que nos vamos refiriendo. La "estructura psíquica," si vale decir, de los liberales, era imperfecta, á no dudarlo. El fraile blandía contra ellos el crucifijo, que les aterraba; mas, á pesar de todo, sus convicciones tenían por fuerza que ser profundas. No se le dice á una esposa, á una madre: "voy á lidiar contra el "Clero," contra la "Iglesia" de Roma, voy á filiarme en la legión maldita de los excomulgados," cuando esa madre esa esposa, son católicas—católicas como lo fueron las de aquellos años-sin que el llanto nuble los ojos y la desesperación el alma; porque, en aquellos rostros donde nuestros besos se estamparon, brota de súbito, irresistible, la llamarada del horror, de la vergüenza, del odio quizás!...... Tampoco eran medio-hombres los reaccionarios: nunca lo fueron los llamados á asesinar á sus semejantes, en nombre de dioses vengadores.

A cuadro tan sombrío, tenemos que añadir todavía algunas pinceladas para mejor interpretar los hechos. En las revueltas políticas, no son los cabecillas, por desgracia, los únicos que pelean: llevan soldados; y para la lucha, á más de soldados, hacen falta, armas, bagajes y municiones de boca y guerra. Es obvio que aquéllos no abran sus arcas (ni aún en caso de tenerlas), para proporcionarse lo que necesitan. El Gobierno, por otra parte, ó sea el Ejército que lo sostiene, no se halla, por lo general, en condiciones de abundancia, cuando las guerras menudean y el tesoro público cambia con frecuencia de manos; y siendo esto así, la solución del problema se busca, ó en el "empréstito ruinoso," ó en el "préstamo por fuerza." Cuando el país carece de crédito (como acontecía durante el período á que nos contraemos) el empréstito en el extranjero es, felizmente, casi imposible-sólo con mucha maldad se obtiene: vendiendo la Nación;-pero el segundo, da resultados prácticos bastante satisfactorios.

Contrayéndonos á los años de 46 y 47, los fondos solamente podían procurarse, ó bien entrando á saco por los pingües bienes del clero; ó bien asaltando "conductas" en los caminos reales, desentrañando depósitos de dinero. (de donde se encontrasen), y alivianando de su numerario á los comerciantes, en los pueblos, y de sus bienes á los agricultores. Para obtener esto, había dos sistemas; el uno, perentorio, es á saber, el prestamo forzoso; y el otro, casi legal: las exacciones fiscales. Y como las revueltas políticas habían sido harto frecuentes durante los últimos veinte años (no haciendo acuerdo de la prolongada guerra de Independencia), resulta que, ni en los campos ni en las ciudades, poseían los militares bastante prestigio, entre las clases adineradas, para esperar de ellas un contingente espontáneo de numerario y de sangre.—Habría, pues, que exigir por la fuerza lo uno y lo otro. Y en cuanto al "contingente del clero," ya veremos luego con que artimaña, y con que audacia al mismo tiempo, supo esquivarse y negarlo.

Teniendo en cuenta lo que antecede, no parecerá extraño que Estados como Campeche y Yucatán, expresaran su resolución, (sin bochonarse), de no contribuir con poco ni mucho á la defensa nacional. En tanto que otros—la mitad de los de la República—ó prestaron escasísima ayuda,

ó no prestaron ninguna.

¿Falta de patriotismo?—Nó; falta de fe en los hombres que al asalto andaban por el Gobierno.—Aquellos ciudadanos humildes, ignorantes, de buena voluntad, no podían escuchar distinto el lamentar de la patria herida, porque sus lamentos eran acallados por el aquelarre furibundo de las pasiones desencadenadas como furias.

El 13 de Mayo de 1846, los Estados Unidos declaran la guerra á Méjico; dando principio el infame drama intitulado por los americanos mismos, con verdad: "El Gran Crimen del Siglo XIX."